



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13994

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 pta.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 21 DE JULIO DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico en letras de fácil cobro. Póvenes póstulos en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jonez, 51, Faubourg-Montmartre.

CARTAS AMERICANAS

CASOS DE SUGESTIÓN

New Yor 30 Junio.

La invención no es de ahora, pero la manera de hacerla útil a los humanos, sí tienen interés de novedad.

Dos hermosas y jóvenes mujeres, la señora J. J. Higgins y la señorita Mirian Smith, se han asociado para corregir, por sugestión los vicios y las malas inclinaciones de sus semejantes. Su clínica la han establecido en la casa parroquial de una iglesia protestante. Mañes y viernes en la mañana, todas las personas que se ven afligidas de dolencias nerviosas de falta de voluntad para resistir ciertas tentaciones, acuden a la casa de la parroquia y ahí son atendidas amablemente, con fraternidad verdaderamente cristiana.

Como los periódicos andan a caza de lo que haya de verdad ó mentira en estas empresas benéficas, uno de los periódicos de Nueva York delegó en una de sus cronistas el encargo de averiguar la potencia efectiva de las directoras de la clínica para el tratamiento hipnótico y la manera en que aquella es conducida.

Dos esclavos de la cocaína, dos víctimas del alcoholismo, tres epilépticos y una veintena de neurasténicos, fué la extraña reunión con que tropezó el representante con falda de la prensa, al penetrar en el recinto.

La belleza de las dos damas que han acometido la obra, cambió de pronto la escena, iluminándola con sus encantos.

«Ayudamos dijo con su voz dulce la señora Higgins—á todos los que se encuentran enfermos y están incapacitados para pagar á un médico. No buscamos retribución. Servimos al público por servirlo. Nuestra obra es de amor. Servir á la humanidad y aliviar los sufrimientos de los que moral ó mentalmente se encuentran esclavizados, es más noble ocupación.»

La cronista pretextó estar padeciendo de un gran excitación nerviosa.

La señorita Smith la tomó de la mano, la condujo á la cámara de tratamientos y con el índice en los labios le impuso silencio.

El salón estaba oscuro y frío. Cortinillas azules apagaban la luz solar en los cristales. En camas de campaña, alineadas á lo largo de los muros, descansaban algunos enfermos.

La señora Higgins penetró en seguida y examinó á aquellos, pasándose la diestra por la frente.

La cronista sudaba.

Le indicaron una cama. La señorita Smith se apoderó de sus manos: «Cierre ahora los ojos y veremos si podemos disminuir su tensión nerviosa.»

Aunque la voluntad se oponía á los efectos del tratamiento, la curiosa investigadora fué sintiendo un adormecimiento inusitado que le paralizaba toda acción.

Quiso conservar un ojo abierto.

«Cierre los ojos y descanse, ordenó la Smith. Uno no, los dos. ¿Tiene usted miedo? No hay nada que temer. Usted es la dueña de su cuerpo. Yo le mando que toda debilidad desaparezca. Piense que usted está en el pleno dominio de sus nervios. Usted despertará llena de confianza. Le digo que despertará enteramente fuerte y que el valor que la ha abandonado volverá.»

Los dos ojos se cerraron.

Cuando la cronista despertó, la señora Higgins paseaba la sala reconociendo á sus enfermos, y repitiendo á los travidos morales sus saludables advertencias:

«Usted volverá otra vez dijo á la cronista.—Después de todo, esta es simplemente cuestión de demostrar como se llega á ser amo del organismo. Muchos vienen aquí en busca de nuevas sensaciones ó por satisfacer su curiosidad. Eligen el peor sitio. Porque nosotros les enseñamos el poder latente de que disponen para dominar los vicios y las debilidades de la carne.»

Un sabio no hablaría con mayor inteligencia que ese apóstol fementido de la moralidad y de la fuerza del espíritu y del cuerpo.

Es bello el ejemplo que esas dos damas proporcionan. ¿Curan? Es lo probable. Si inspiran la fé que ellas mismas experimentan en sus métodos, de seguro que curan.

Todo les favorece para hacerlo: la plenitud de fuerza, de juventud y de belleza; el misterio de que rodean á los creyentes que á ellas acuden; la abnegación de los servicios; la misma santidad del lugar que para sus experimentos han elegido.

No hace mucho que una revista especialista aconsejaba á las madres de niños con malas inclinaciones, un método semejante para cambiarles la disposición del temperamento. «Cuando el niño duerma—decía—acercas á él. Poned vuestra diestra sobre su frente. Habladle dulcemente. Dulce pero persistentemente. Aconsejad e lo que es bueno. Decid e lo que esperarás de él. El niño despertará sin darse cuenta de lo que le ha pasado durante el sueño. Pero vuestras palabras estarán impresas en su alma. Será bueno, porque vosotros lo queréis. Será bueno, porque ya no puede ser malo». Mentira ó verdad es consoladora esa esperanza.

«Ensayad los que amais! ¡Oh madres, oh esposas, oh hijos de perversos ó extraviados, que empañáis las pupilas con el llanto que purifica vuestras almas, pero no aclara el rumbo de vuestros destinos de desesperados!»

LUIS R. GUZMAN

La Cruz Roja

Mañana noche miércoles, se inaugurará la sala que á beneficio de la ambulancia sanitaria de la Cruz Roja, ha establecido dicha institución en el real de la feria.

Hemos tenido ocasión de ver los premios y son de verdadero valor, habiendo anunciado el envío de regalos significadas personalidades de esta localidad.

Si el público, como es de esperar, contribuye á los esfuerzos de la Cruz Roja, ésta habrá realizado sus fines humanitarios y pronto tendremos en Cartagena una ambulancia sanitaria como en otras importantes poblaciones.

PARA LOS AUTORES

Cuidado con las películas

En París se ha resuelto estos días un proceso curiosísimo: el incoado contra los fabricantes de películas cinematográficas, á petición de multitud de autores dramáticos.

Desde que se inventó la cinlita reproductora de imágenes en movimiento, los buenos de los autores franceses venían locos. Sin saber, al principio, á qué atribuirlo, notaban que sus obras les proporcionaban cada vez menos derechos de propiedad intelectual.

No daban á la imaginación punto de reposo; concebían, escribían y estrenaban comedias, vaudevilles y dra-

mas á granel, procurando indagar y satisfacer el gusto del público pagano. Todo inútil. A las pocas noches de estrenadas las obras languidecían en el cartel y había que retirárselas por falta de espectadores, sustituyéndolas con otras que corrian igual suerte.

Y lo más curioso, lo que verdaderamente ponía fuera de sí á empresas y autores era que las producciones más vistosas é interesantes, las más aplaudidas en la noche del estreno caían azules que las mediocres ó francamente malas.

«Había motivo para creer en la influencia de algún espíritu maléfico! La superstición invadió los ánimos. Se hicieron solemnes conjuros, y no sé si hasta rogativas. Los autores llegaron al extremo de suplicar al Todopoderoso que les silbasen las comedias y ayudaban á la acción divina llevando á los teatros los más acreditados reventadores. Cada aplauso procedente del espectador de buena fé ponía la carne de gallina á los interesados.

Decididamente los que viven en Francia del teatro tenían algún pecado muy gordo que purgar, y, como en Egipto, caía sobre e los alguna plaga, pero con la agravante de que esta vez se desconocía el agente destructor.

Por fin se le encontró: tira de aquí, busca por allá, indaga por acá, vínose en conocimiento de que el microbio teatral era la película cinematográfica; la dichosa película que cazaba al vuelo la obra más difícil, la más llamativa y la reproducción inmediatamente en un cine, con acompañamiento de orquesta inclusive (tratándose de Vandevilles, óperas ó operetas, claro es) por la vigésima parte del precio.

El público, que no siempre es tan tonto como algunos creen, aguardaba paciente á que los éxitos llegasen al económico cine y en vez de gastar cuatro ó cinco francos en una butaca, empleaba igual número de perras chicas y veía lo mismo.

Al darse cuenta de la pasada bronca los autores se apresuraron á denunciar á los fabricantes de películas, acusándolos de defraudadores, estafadores, y que se yo cuantas cosas más, pero como la ley no prevenía el caso ni había sentado jurisprudencia, héte aquí á los jueces perplejos y sin saber

como resolver un negocio que, aún reconocido como constitutivo de delito, no lo era dentro del Código.

Más, como había que resolver, el Tribunal ha fallado, decidiendo:

Que la película cinematográfica es una verdadera edición y constituye, por lo tanto, cuando no está autorizada, un fraude.

Y que la proyección en público de la película no autorizada debe considerarse como representación ilícita.

Inútil será añadir que empresas y autores se han cogido á la sentencia como el naufrago á la tabla salvadora y están exigiendo á los fabricantes de películas cinematográficas cada indemnización que enciende el pelo.

MER Y NO.

BOLSA DE MADRID

(De nuestro servicio particular)

IMPRESIONES

La real orden sobre la circulación de moneda ilegítima de plata, no se ha revocado; pero para el caso es como si se hubiera revocado, pues la «Gaceta» de hoy publica una real orden aclaratoria, diciendo que aquella no empezará á regir hasta que se determinen las diferencias que existen entre los duros legítimos y los ilegítimos y como, según la opinión más extendida, estas diferencias se determinarán tarde ó nunca, de ahí que muchos consideren la disposición oficial de hoy como una revocación rotunda y categórica de la de ayer. Al mismo tiempo se ha dicho que el señor Maura había llevado á la Granja la dimisión del Sr. Bustillo, cosa que nos permitimos dudar, porque un ministro que estuviera dispuesto á dimitir no se habría rectificado á sí mismo como lo ha hecho el de Hacienda.

Por lo demás, el mercado acoge sin frío ni calor lo de la dimisión y únicamente el corro de fraucos es el que se aprovecha de la supuesta interinidad para subir el cambio contra viento y marea.

Los demás valores sostienen con escasas diferencias los precios de ayer, según puede verse en el correspondiente estado de cotización, y el negocio que todo ellos realizan es de poca entidad. Los francos publican los cambios de 113 por 100, 112,95, 70, 85 y 80, y las libras los de 28,36, 32, y 27.

Bilbao.—Empréstito, 88 por 100 en partida y 88,30 en pequeños; Obligaciones ferr. Vasco Asturiano, 2.ª serie, 103; id. Papeleras, 97.

Triunfo de un gallego

La prensa de Sud América da cuenta de una regata sostenida á través del Pacífico por dos fragatas chilenas: la «Josefina», al mando del capitán Creen, de nacionalidad alemana, y la «Belfast», al mando del capitán Alegre, español, natural de la Coruña.

Salieron ambos buques de Valparaíso en Enero dirigiéndose á Newcastle M. S. W. (Australia), á donde llegaron con una diferencia de veinte días, correspondiendo la victoria á la «Belfast».

Este que es un buque de 3.000 toneladas, verificó la difícil derrota atravesando la mayoría de los archipiélagos de Oceanía, dando vista á su paso á las islas Paamotu, Inene ó de los Salvajes, Tonga ó de los Amigos y Lord Howe, habiendo hecho un promedio de marcha de ocho millas y dos décimas para todas las horas del viaje, que duró cuarenta y dos días.

El record estaba fijado hasta ahora en 50 días, de modo que la «Belfast» ganó 8 días.

La marcha máxima fue de 14 millas por hora.

Ecos del mundo

El príncipe de Gales que va á Quebec (Canadá) á presidir las fiestas del tercer centenario de la fundación de la ciudad, ha embarcado en Portsmouth á bordo del «Indomitable» gran crucero de turbinas.

El príncipe vestía uniforme de contralmirante de la Marina inglesa.

Acompañándole sir Bigge, sir Hooprod, que lleva á las fiestas la representación del Colonial Office, y lord Dudley, el nuevo gobernador de Australia, que representará á ésta en el centenario.

Media hora después, el «Indomitable» se hacía á la mar, saludado por los cañones de los buques de guerra «Nelson», «Victory» y «Minotaur».

Este último irá escoltando al «Indomitable» durante toda la travesía.

Biblioteca de EL ECO DE CARTAGENA 36

derahoot. Redwood se fijó en las caras del cochero y del lacayo conforme se iba acercando el coche. El cochero era un hermoso ejemplar de la clase, grueso y colorado. Guaba con cierta dignidad sacramental. Posible es que haya gente en el mundo que dede su propia vocación y destino, pero aquel hombre no tenía duda de que los suyos eran guiar el coche de su señora.

El lacayo iba sentado á su lado, con los brazos cruzados y con cara de un hombre que está convencido de su importancia.

Luego, se distinguió á la señorita, con sombrero y abrigo, a-neilla y de adeseña mirando á través de sus lentes. Dos señoritas iban con ella, las cuales curioseaban sacando la cabeza por la ventanilla y alargando el cuello.

El ricario, que pasaba por el lado opuesto, se quitó apresuradamente el sombrero, descubriendo su frente que recordaba la de David; pero su saludo pasó tan inadvertido como otras muchas veces. Redwood permaneció un buen rato en el umbral después de haber pasado el carruaje, teniendo de las manos cruzadas á la espalda. Su vista recorría las verdas colinas que tenía al frente; luego paseaba por el limpio azul del cielo, y acababa por detenerse en la maralla coronada de vidrios rotos: después, se fijaba en el sombrío y fresco interior de la casa, donde entre manchas de color y

EL ALIMENTO DE LOS DIOSOS 33

se cruzó de brazos y adoptó la defensiva esperando la llegada del sabio con una mano de ojos debajo del brazo. Abrió los ojos y se hizo la boca masoullando algunas palabras, é hizo un rapidísimo saludo con la cabeza.

—Bien me parecen yo que le encontraría á usted aquí—dijo Redwood.

—Contaba con ello, señor—dijo ella con indiferencia.

—¿Dónde está Skjune?

—No me ha escrito ni lo he visto desde que estoy aquí.

—¿Sabe usted lo que ha sido de él?

—No habiéndonos escrito, mal puedo saberlo, señor.

La vieja dió un gran golpe de izquiera con el propósito de reparar á Redwood de la puerta del pasaj.

—¿Nadie sabe lo que ha sido de él?

—Pues yo aseguro que él lo sabe muy bien.

—Pero no lo dice.

—Mi marido fue siempre de los que saben guardar e el secreto y de los que después que se les componen como pueden, para eso sabe ser muy listo.

—¿Dónde está ese niño?—preguntó Redwood á boca de jarro.

—Le Skjune trató de averiguar la respuesta.